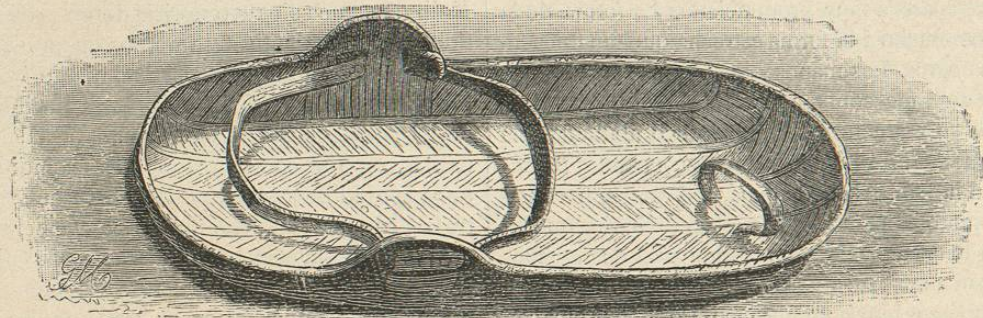


do miraba á los hotentotes. Esto fué causa de que el funesto nomadismo tomara cada vez mayor incremento. A la necesidad que sentían los hotentotes de poseer extensos territorios vino á oponerse la necesidad análoga que se imponía á los boers. Abandonada casi por completo la agricultura, los colonos vieron obligados á mantener grandes rebaños cuya carne constituía su principal alimento, mas para ello necesitaban una gran extensión de territorio y un número proporcionado de siervos, es decir, de esclavos, cuya alimentación les costaba bien poco, pues en tiempo de Lichtenstein, los esclavos de Bokkeveld, por ejemplo, raras veces comían pan, porque la carne de oveja resultaba mucho más barata. En un hogar compuesto de veinte personas matábanse diariamente de 3 á 4 ovejas de 36 á 40 libras cada una, y se contaba semanalmente una para cada pastor



Sandalia del Unyoro (según Baker)

la necesidad de procurarse pastos para tan numerosos rebaños. El escaso valor de los ganados estaba íntimamente enlazado con esta explotación expansiva y motivaba cada día nuevos ataques. Cierto que algunos hotentotes, como sus vecinos los bosquimanos, se dedicaron al robo de reses, pero después que sus pastos les habían sido sin más ni más arrebatados casi no les quedaba otro recurso. Este pueblo fué retirándose poco á poco, de suerte que á los 150 años no había en las fronteras del Cabo un solo hotentote libre é independiente. A principios de nuestro siglo existían ciertamente algunas tribus ó comunidades hotentotes que, dentro de las que entonces eran fronteras de la colonia del Cabo, por ejemplo en la baja montaña de Rivier, vivían según las costumbres de sus antepasados, y únicamente en casos de imperiosa necesidad aceptaban el trabajo que los blancos les ofrecían; mas pronto fueron suprimidas por el gobierno todas las que no pudieron demostrar que poseían los medios suficientes de subsistencia. Sólo la falta de una elevada organización política entre los hotentotes explica cómo esa sentencia de dispersión pudo realizarse sin ninguna resistencia concentrada: las tentativas aisladas de insurrección que algunos hicieron, no pueden considerarse como verdadera resistencia, sino simplemente como manifestaciones aisladas de valor por parte de aquellos que se veían acorralados. Respecto de esta pobre cohesión de los hotentotes, no hay que dejarse engañar por las narraciones de los antiguos cronistas de la historia del Cabo, pues los muchos nombres de pueblos por éstos citados corresponden á pequeñas agrupaciones y algunas veces á simples krales. De no ser así, tendríamos que admitir como buena la existencia de poderosos caudillos, de grandes ejércitos, etc., nada de lo cual resulta comprobado.

Desde principios de nuestro siglo, en que la luz de nuestra historia ilumina más el África meridional, la distribución geográfica de las tribus hotentotes es la siguiente: En la colonia del Cabo, que al comenzar el siglo anterior era toda-

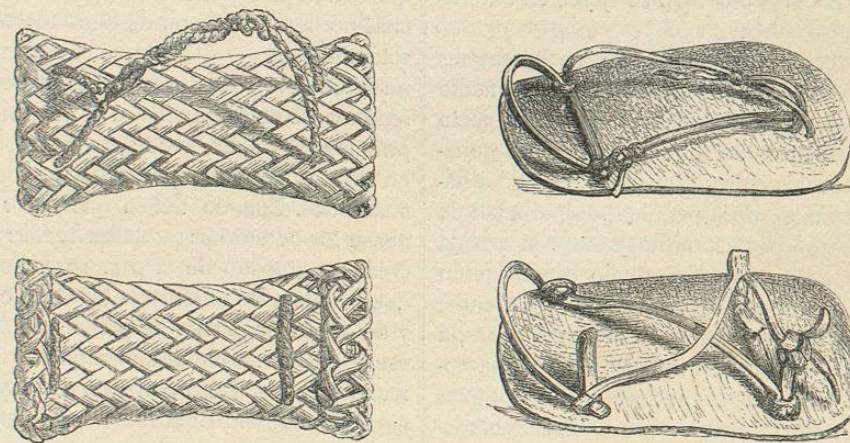
de rebaño. Algunas chozas estaban rodeadas de 6 á 8 krales de ganado, en los cuales vivían convenientemente separadas las distintas clases de reses, y como para el mantenimiento de éstas se necesitaban abundantes pastos, compréndese fácilmente la extensión que habían de tener los patrimonios, aun los de importancia no más que regular. Estos tenían, por término medio, una hora cuadrada cada uno, medida que por regla general no se consideraba aún suficiente, aumentándose con territorios improductivos y abundantes en agua. Las innumerables luchas fronterizas, á causa de las cuales eran especialmente difamados los ganaderos boers (entre diez que viven próximos unos á otros, hay de seguro nueve enemigos mortales, Lichtenstein), procedían, en su mayor parte, de ataques dirigidos así contra los blancos como contra los hombres de color y promovidos por

vía residencia de siete grandes tribus hotentotes, encuéntranse ahora éstas verdaderamente atomizadas. Al Sud de Kai ó del Orange, río que antes de la llegada de los europeos era al parecer la frontera entre hotentotes y cafres (todavía á principios de nuestro siglo la frontera entre hotentotes y betschuanes se marcaba regularmente en el 27° de latitud Sud), no existe hoy día ninguna tribu marcadamente hotentote. Los mismos nombres de las tribus han desaparecido, habiendo quedado únicamente el de griquías, con el cual aun hoy se designa á un pueblo mestizo, ejemplo de mezcla abigarrada, que difícilmente puede encontrarse más marcado en ningún punto de la tierra. Los demás no sólo han desaparecido, para ser aplicados á nuevas agrupaciones, sin consideración alguna á las tribus de otro tiempo, sí que también el tipo de raza originario casi se ha borrado por completo en los 20,000 hotentotes que aproximadamente cuenta la colonia del Cabo. La mayor parte de ellos y sobre todo los más avanzados son mulatos, por cuyas venas circula la sangre de las razas amarilla y blanca y á menudo también la de las razas negra y malaya, en sus distintas proporciones de mezcla: todos ellos, empero, son por su manera de vivir, por su lenguaje y por sus costumbres colonizados, lo cual no quiere decir civilizados. La terminación de este proceso de atomizamiento de los habitantes del Sud de África, que comenzó en cuanto se establecieron los primeros blancos en su territorio, puede fijarse en 1810, fecha en que se acabó con la última tribu libre (capitanía) de los hotentotes meridionales, que aun se mantenía unida bajo la soberanía del último caudillo gonaquí, David Stuurmann. El edicto del *Ordinance*, Sir R. Bourke, fechado en 1828, que declaraba libres á todos los hotentotes de la colonia, llegó demasiado tarde. El fundamento de su libertad, si es que era posible tal libertad al lado de los colonos, es decir su territorio, no les hubiera podido ser devuelto ni aun algunas generaciones antes. Tales como se encontraban las cosas hace 50 años en la colo-

nia del Cabo, y tales como hoy en día se encuentran, la declaración de libertad no podía dar otro resultado que precipitar la destrucción, de la que no se libraron las «locaciones» (institución análoga á las «reservaciones» de los indios de la América del Norte) que se habían fundado en 1829 en las fronteras cafres. Entonces unos 6,000 hotentotes se establecieron en las estribaciones meridionales de la montaña del Invierno, cerca del Kat Rivier y de sus afluentes, en donde constituyeron doce locaciones alrededor del punto central, que era Philipton. Otras cinco locaciones se encuentran en el propio distrito que hoy toma el nombre del fuerte Beaufort, y que comprende una gran parte del antiguo territorio de los gonaquíes. Además de estas diez y siete locaciones del Sudeste hay otras siete en el

Sudoeste, á todo lo cual hay que agregar el ejército de 6,000 hombres, tiradores montados del Cabo, que se compone principalmente de hotentotes, que viene á ser una especie de regimiento fronterizo con guarniciones en el Sudeste especialmente. En estos tres grupos viene comprendida la inmensa mayoría de los hotentotes de la colonia del Cabo; en cuanto á los que en ésta están diseminados como criados, jornaleros, etc., significan hoy día muy poca cosa. Puede, pues, decirse que aquí, es decir, en el antiguo país del Cabo propiamente dicho, los hotentotes se encuentran fraccionados y oprimidos entre los cafres del interior por un lado y los europeos de la costa, que cada día avanzan más, por otro.

No sucede lo propio en el Norte y en el Noroeste. A prin-



SM

Sandalias de los hotentotes (Museo etnográfico, Berlin)

cipios del siglo XVIII habitaban entre el Cabo y el Orange, siguiendo la dirección de Sud á Norte, los udiquías, los kochoquías, los griquías y los namaquías: estos últimos residían en ambas orillas del bajo Orange. De las dos primeras tribus no queda huella alguna; las otras dos han emigrado en gran parte de sus antiguas residencias, y como por este lado no había cafres que les impidieran extenderse hacia el interior, pudieron hallar en el Norte mayor espacio del que en su antigua patria habían tenido. Bastardos emprendedores fueron los principales directores de estas emigraciones. Una parte de los bastardos griquías se dirigió hacia las montañas Karu, en donde se establecieron cerca de los ríos Zok y Olifant, mientras una porción mayor de griquías puros y bastardos se fijó al otro lado del Orange, fundando el Estado griquía, que hoy viene comprendido entre las posesiones inglesas, después de haber hecho grandes esfuerzos por dilatarse hacia el Estado libre de Orange. Desde allí emigraron algunos grupos aislados que llegaron hasta Ngami y hasta un país situado más allá de éste que sólo contenía elefantes, bien que en número considerable, y que al Norte estaba limitado por la montaña de Witterberge.

La proximidad de la colonia del Cabo y del Estado libre de Orange y la mezcla de bastardos han hecho que esta población generalmente designada como griquía (los habitantes de las montañas Karu son denominados simplemente bastardos) se asimilara no sólo el idioma holandés del Cabo, sí que también muchos usos y costumbres de los colonos, de suerte que pueden ser designados sus habitantes como los hotentotes ó mestizos hotentotes más *europizados*. La extraordinaria importancia que para la etnografía tienen nos obligará á volver á hablar de ellos más adelante.

En abierto antagonismo con ellos están aquellos namaquías que, también como tribu hotentote mezclada con mestizos, salieron, á fines del pasado siglo, de Onder Bokke-

veld y de Hantam, y emigrando hacia el Norte atravesaron el bajo Orange, tomando el nombre de orlams, de uno de los primeros colonos ilustres que se estableció en sus territorios. En poco tiempo sometieron una extensión superficial de siete grados de latitud entre el Orange y el alto Aub, con lo cual, por un lado, estuvieron lo bastante lejos de la influencia de los colonos para poder continuar siendo la más hotentote de estas tribus emigrantes; y por otro se diseminaron por este vasto territorio, y volvieron en su mayor parte, no sólo á las costumbres errantes de sus antepasados, sí que también á la barbarie de los mismos. En sus vastos dominios establecieron tres grandes capitanías dirigidas por tres grandes caudillos de la emigración, al lado de las cuales se formaron varias pequeñas comunidades. A pesar de esto, distan mucho de haber conseguido un estado de tranquilidad. La miseria y el carácter de estepa que tiene el país en que se establecieron, su preponderancia natural sobre los indígenas de éste, su afán innato de robo y emigración, los empujan constantemente hacia el Norte, en donde algunos de ellos se han encontrado con los griquías que se habían dirigido al Ngami. Mientras sus compañeros de tribu que habían permanecido fijos en el llamado pequeño país de los namaquías, aquende el Orange, se *europizaban* cada día más, — excepción hecha de unos pocos hotentotes puros que permanecieron fieles á su lengua y á sus costumbres, como por ejemplo los que habitan en el bajo Orange, en el «río hotentote», sometidos á un caudillo hereditario y en un territorio que les ha sido legalmente reconocido, — aquellos que emigraron más allá, en medio de una población hotentote entre la cual se establecieron, no se encuentran naturalmente en condiciones de conservar el átomo de cultura europea que consigo llevaron, y ofrecen un ejemplo notable de retroceso á su primitivo estado de un pueblo que había casi semi-conquistado



una civilización, y que á consecuencia de varias mezclas había sufrido un cambio importante. Por lo que hace á las tribus namaquías, en cuyo territorio se fijaron estos orlams, una parte de ellas se unió ó sometió á éstos, y otra parte, fraccionada en pequeños grupos, se encuentra respecto de ellos en una relación de vasallaje tolerable, siendo muy pocos los que han conservado toda su libertad. La antigua unión de tribus que existía entre estos namaquías septentrionales, y al frente de la cual figuraba el llamado «pueblo rojo» de los kaub.koins, ha desaparecido por completo.

Al Norte de esta confederación ha surgido al parecer otra comunidad, que lleva el nombre de Aunin y de la que forma parte la tribu de los marinkus, habitante en la bahía de la Ballena, y cuyo poderío principal se ejerce en el territorio costanero de dicha bahía.

El tercer grupo geográfico importante de los hotentotes lo constituyen los koranas, que habitan en el alto y medio Orange, y que son la vanguardia de los hotentotes respecto de los betschuanes y basutos, así como los vecinos gonaquías lo son respecto de los cafres. Su situación llegó á hacerse, por la misma razón, desesperada, pues, al igual de sus compañeros, acabaron por encontrarse entre la espada y la pared. En efecto, en su magnífico suelo establecieron los boers su Estado de Orange-Brijs, quedando, por ende, cerrados los caminos de la emigración á los indígenas, á quienes, por otra parte, faltaban la independencia y la cohesión que para tales empresas se necesitan. Las antiguas capitanías subsisten todavía, pero se han fundido, componiéndose su población de unas 20,000 almas, para las cuales no es suficiente el territorio que les ha quedado. Menos bastardeados que los griquías, no han podido, sin embargo, sustraerse tanto á las influencias de la civilización como los namaquías: hablan todavía su idioma, pero mezclado con palabras holandesas, bosquimanas y sitchuanas: estos últimos idiomas han progresado respecto de aquél. Antiguamente pudieron quizás los koranas haberse extendido más hacia el Oeste; por lo menos de ello parece ser indicio la semejanza que existe entre algunas de sus denominaciones de tribus y las de los namaquías. De todos los hotentotes, los koranas son los que más se parecen á los bosquimanos, por más que tengan los caracteres corporales de los hotentotes, especialmente los ojos rasgados, la frente que se estrecha por su parte superior, la nariz arremangada, la barba puntiaguda y el color amarillo. En su idioma encontramos también algunas palabras que indudablemente tienen cierta afinidad con la lengua bosquimana. Puede, pues, afirmarse que entre ambos pueblos ha existido un íntimo contacto, y por ende una mezcla considerable. En algunas comarcas, especialmente en la orilla oriental del Vaal, ha entrado asimismo en esta mezcla una parte de sangre cafre, de suerte que los koranas que las habitan ofrecen muchas diferencias entre sí en punto á estatura, á configuración y á forma del rostro.

El resultado final de este desenvolvimiento histórico pasivo es, por lo tanto, la absorción de casi todos los hotentotes en una raza mestiza, de un carácter principalmente mulato: el grupo de los namaquías es el que posee en mayor número elementos puros de raza, siendo, por ende, éstos la expresión más energética y más activa del tipo hotentote que se conoce en la historia.

Por esto, en la siguiente descripción, en la que exponemos nuevos datos, nos detendremos principalmente en los namaquías, completando las antiguas descripciones de los conocedores de los hotentotes del Cabo, de los siglos XVII y XVIII.

El traje de los hotentotes que en la actualidad se mantienen más puros, es decir de los namaquías, consiste, en ambos sexos, en el cinturón para tapar las partes genitales y en el kaross. El hombre lleva sobre las caderas una correa de cuero, de la cual pende por delante un pedacito de piel de chacal, de gato montés ó de otros pequeños mamíferos; la mujer lleva en el mismo sitio un trozo de tela triangular, al cual van atados en la parte anterior dos tirillas de cuero que sostienen un delantal adornado, cuando la que lo lleva ha entrado en la pubertad, con franjas, pelos y perlas. Las mujeres llevan, además, un delantal, también arrollado á las caderas, en el cual, en vez de perlas, hay engarzados pedacitos de huevos de avestruz, amén de las conchas pequeñas y grandes de tortuga que penden del cinturón y que sirven para guardar el ungüento de buchú. Las muchachas no llevan ninguno de estos adornos, pero los reciben solemnemente el día en que entran en la pubertad. El kaross que llevan los dos sexos es una capa de pieles, preferentemente de oveja, chacal ó gato montés. Los hombres principales, y sobre todo sus mujeres, ostentan en el cuello un adorno formado por pedacitos de piel triangulares y cuadrados. Cuando tienen que hacer largas marchas, pónense los hotentotes sandalias tejidas ó de piel, sin pelo (véase el grabado de la pág. 101). Este traje es el mismo que llevaban los hotentotes del Cabo en tiempo de Röwing y de Kolb, según se desprende de las descripciones de éstos, de suerte que desde entonces casi no ha sufrido variación alguna. Kolb parte, en las suyas, de la consideración general, no aplicable á los hotentotes que viven con los europeos, de que lo que estos pueblos llevan, en vez de trajes verdaderos, apenas merece el nombre de tales, no sólo por el poco material que en ellos entra y por el ínfimo valor que tienen, sí que también especialmente porque con ellos no cubren todo su cuerpo y sí sólo la menor parte de éste. Entonces los hombres llevaban, sólo cuando llovía ó hacía mucho frío, una piel de carnero puesta en la cabeza y fuertemente atada al cuello, con el vello vuelto hacia adentro: en la actualidad usan en vez de esto el sombrero de fieltro. Las mujeres llevan siempre unos gorros puntiagudos, y las de los hotentotes del Cabo tienen aún hoy en día la costumbre de llevar la cabeza muy tapada, prefiriendo descubrir todo su cuerpo á quitarse el abrigo de aquélla. Para las capas prefieren las telas de colores.

Los adornos han variado algo: los dos sexos siguen llevando alrededor del cuello bolsas de cuero en las cuales ocultan las cosas que más estiman, como cuchillos, pipas, tabaco, dinero, y además usan pequeños cuernos, conchas de tortuga y otros objetos que sirven de adornos ó de talismanes. Los niños llevan en su cinturón algunos huesos para jugar ó á modo de talismán. En cambio son raros, aun entre los namaquías, los brazaletes de marfil que antes llevaban en el antebrazo y cuyo trabajo, por lo bien pulimentado, causaba la admiración de los europeos («cualquiera creería que han sido elaborados por un tornero europeo», dice Kolb). Tampoco se usan apenas los anillos de cobre, habiendo con ello caído en desuso la antigua costumbre de llevar colgado de estos anillos un saquito de cuero con tabaco, comestibles, etc. Brazaletes en las piernas no los han llevado nunca más que las mujeres: antiguamente estaban hechos simplemente con trozos de piel de carnero arrollados en forma de anillos, y mujer había que llevaba hasta cien de ellos en una pierna, entre el tobillo y la rodilla, puestos de tres en tres y de cuatro en cuatro. El ruido que producían andando estos brazaletes, fué causa de que casi todos los viajeros que visitaban el Cabo afirmaran que los hotentotes llevaban envueltas sus piernas en tripas de oveja. El núme-

ro excesivo de tales brazaletes impedía muchas veces á las mujeres andar, pero ya desde pequeñas las acostumbraban á ello poniéndoles en las piernas casi igual cantidad de brazaletes de junco. Los hombres y las mujeres llevaban en las orejas grandes anillos de latón, de los cuales pendían brillantes conchas madreperlas ó pedazos de ellas: también se colgaban del cuello y en las caderas perlas de cobre y de cristal, y los que no podían con tanta carga llevaban los ya mencionados cinturones con pedacitos de cáscaras agujereadas de huevos de avestruz. Kolb habla de un adorno especial usado por los namaquías que, en su tiempo, fueron enviados como embajadores al gobernador de la ciudad del Cabo. «Llevaban, dice, en la parte anterior de la cabeza, sobre la frente y clavado en sus cabellos, un pedazo de hoja de lata muy pulido en forma de media luna.» También nos habla de unos hotentotes del interior que llevaban un adorno análogo.

La pintura y la unción del cuerpo han de considerarse, en cierto modo, como parte del traje ó del tocado de estos pueblos, que logran con ello no sólo adornarse, sí que también conservar el calor, según sostienen los mismos hotentotes. Los recién nacidos son untados con grasa de oveja. Los varones, y más aún las mujeres, se untan el cuerpo con un ungüento hecho con grasa, hierba buchú machacada y hollín ú ocre. Este ungüento es muy estimado y forma parte esencialísima del equipo de todo hotentote, que lo lleva en un cuerno, ó en una pequeña concha de tortuga, ó en otro envase análogo, pendiente del cinturón para tenerlo á mano siempre que lo necesite. La parte de buchú aromático que en él se mezcla sirve además que de cosmético, para evitar la molestia que causan los insectos. Lo que más se untan es la cabeza, probablemente para resguardarla de la acción del sol. Más extraño y por decirlo así más desfigurador es el hecho de pintarse el rostro con carmín, costumbre que siguen hasta las mujeres de las tribus cristianas de los namaquías. En tiempo de Kolb, las mujeres hotentotes se pintaban, en las grandes solemnidades, manchas rojas en la frente, en las mejillas y en la barba. Hoy en día pintanse más comunmente alrededor de los ojos unos círculos en forma de lentes, cejas sobre la nariz, líneas arqueadas en las mejillas, etc.: la unión de todos estos garabatos entre sí hace que el rostro semeje una verdadera máscara.

Los utensilios de que disponen son en número reducido. Puede afirmarse que, por regla general, los pueblos genuinamente ganaderos y por ende nómadas, son más pobres en este concepto que los agricultores, los cuales, gracias á su vida más tranquila y regular, aumentan sus medios para facilitar la existencia con la invención de instrumentos, utensilios, etc., y tienen más ocasiones para coleccionarlos. Ya antes hemos hecho notar las pocas necesidades que en punto á utensilios tiene la ganadería. La preparación de sus comidas exige, sin embargo, cacharros, en cuya confección, que hacen simplemente con las manos, muestran una habilidad especial. La forma que comunmente revisten los tales cacharros es la de una urna muy combada con pequeña base y una boca apenas del tamaño del puño: á veces tienen dos agujeros por los cuales se pasa una cuerda; de estos utensilios tiene, por regla general, cada familia tres, uno para el agua y para la leche, otro para cocer al fuego, y otro para guardar las raíces cocidas. También usan platos. Las conchas de tortuga y aun los cuernos de los bueyes les sirven para confeccionar cucharas: en cuanto á cuchillos, los fabrican con hierro blando que, según noticias antiguas no confirmadas en los modernos tiempos, saben convertir en hierro duro. En las comidas apenas hacen uso de los cuchillos,

pues para cortar la carne tal como á ellos gusta, les bastan los dedos.

Las armas de los hotentotes, en la época en que comenzaron á entrar en relaciones con los europeos, eran las mismas que hoy encontramos entre los hotentotes libres y se diferenciaban poco de las de los bosquimanos, aunque aparecían mejor elaboradas y en mayor número. Entre ellas figuraba también en primer lugar el arco, que consistía simplemente en un palo de dura madera encorvado y con muescas para fijar la cuerda. Las flechas tenían puntas de hierro delgadas, cortadas en forma de media luna y con un garfio; las cuales estaban adheridas á un trozo de caña de  $\frac{1}{2}$  metro de largo. Estas puntas estaban envenenadas con veneno de serpiente preparado tal como lo hemos visto entre los bosquimanos. Kolb describe el carcaj diciendo que es «un pedazo de madera vaciada, algunas veces por medio del fuego» y añade que algunos los fabrican también con piel de buey, de alce, de rinoceronte ó de elefante. Los dardos ó azagayas (como las llama también ese viajero, que nada dice de los cafres) tenían, según descripción de Kolb, sencillas planchas ó muescas en las cuales había un agujero, abierto en uno de sus lados, en donde se clavaba el mango, corto, ligero y terminado en punta en su extremo inferior. Estaban también envenenados como las flechas, «pero con veneno más activo, porque con ellos se mataba á los más grandes animales fieros y porque eran el arma más poderosa en la guerra.» Kolb dice que los dardos no eran lanzados de la misma manera que las flechas, «sino que los salvajes los volteaban en sus manos, moviéndolos hacia adelante y hacia atrás, antes de lanzarlos, hasta que el balance era perfecto y podían alcanzar con más seguridad el blanco.» Completaba el armamento el palo contundente y arrojado, del cual nos describe Kolb dos formas, una de tres pies de largo y del grueso del dedo pulgar, y otra de un pie de largo y puntiaguda, á las cuales da respectivamente los nombres de *kirri* y de *rachume* estas dos formas de palos están destinadas la segunda únicamente á ser lanzada y la primera para combatir y para parar los golpes: una y otra son de palo de hierro empapado en aceite para que tenga mayor consistencia.

Los antiguos viajeros concuerdan todos respecto de la habilidad de ese pueblo así en lanzar el rackum como en disparar las flechas. En cambio, ni aun en la época en que sus fuerzas no habían sido debilitadas pudo haber sido buen guerrero ni haber tenido especial aptitud para una tenaz resistencia, puesto que con facilidad suma cedieron el campo á los europeos que procedentes del Cabo les atacaron. Su manera de combatir era desordenada, según se desprende de las descripciones: las dos partes beligerantes se separaban y cada una procuraba espiar los movimientos de la otra para poder, con más ventaja, lanzar contra ella flechas y azagayas. La afirmación de Kolb de que, después del combate, las dos partes podían tranquilamente enterrar sus muertos y llevarse los heridos, y de que ni éstos ni aquéllos eran mutilados, se aviene poco con las crueldades que oímos contar, en los modernos tiempos, respecto de los namaquías, por ejemplo.

No creemos equivocarnos al admitir la idea de que estas armas servían más para la caza que para la guerra. Ciertamente, comparados con los bosquimanos, los hotentotes resultan, como cazadores, inferiores á ellos, y que no han alcanzado la perfección que poseen aquéllos, los cuales con una unidad, garantía del buen éxito, lo posponen todo á este ejercicio, al paso que el pueblo de que nos ocupamos se dedica á él accidentalmente, es decir á la par que á la ganadería. Mas, por otra parte, no son los hotentotes bastan-